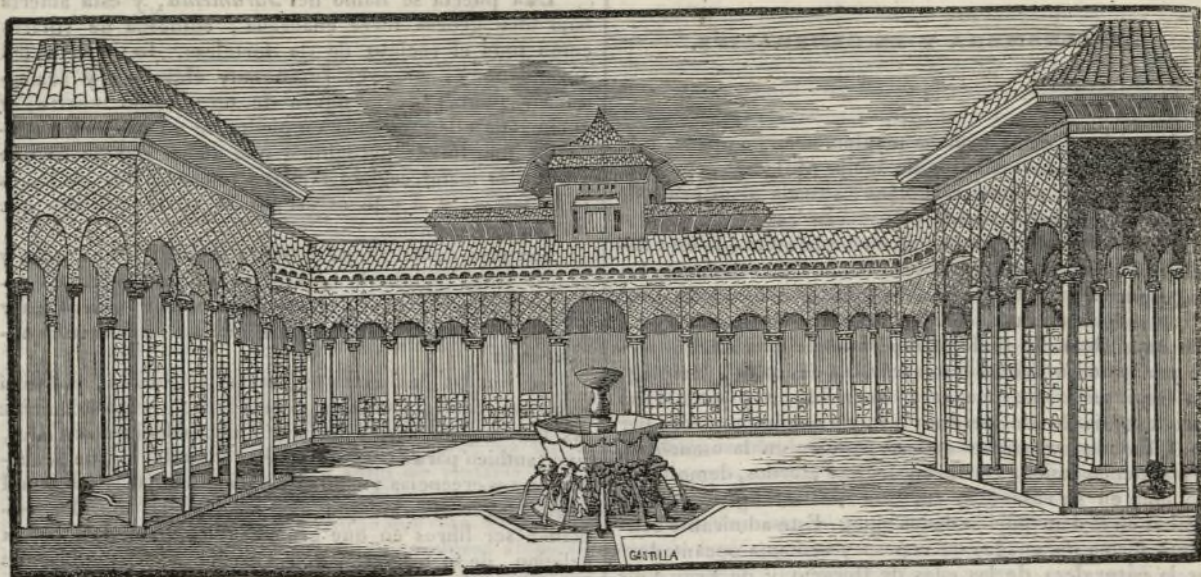
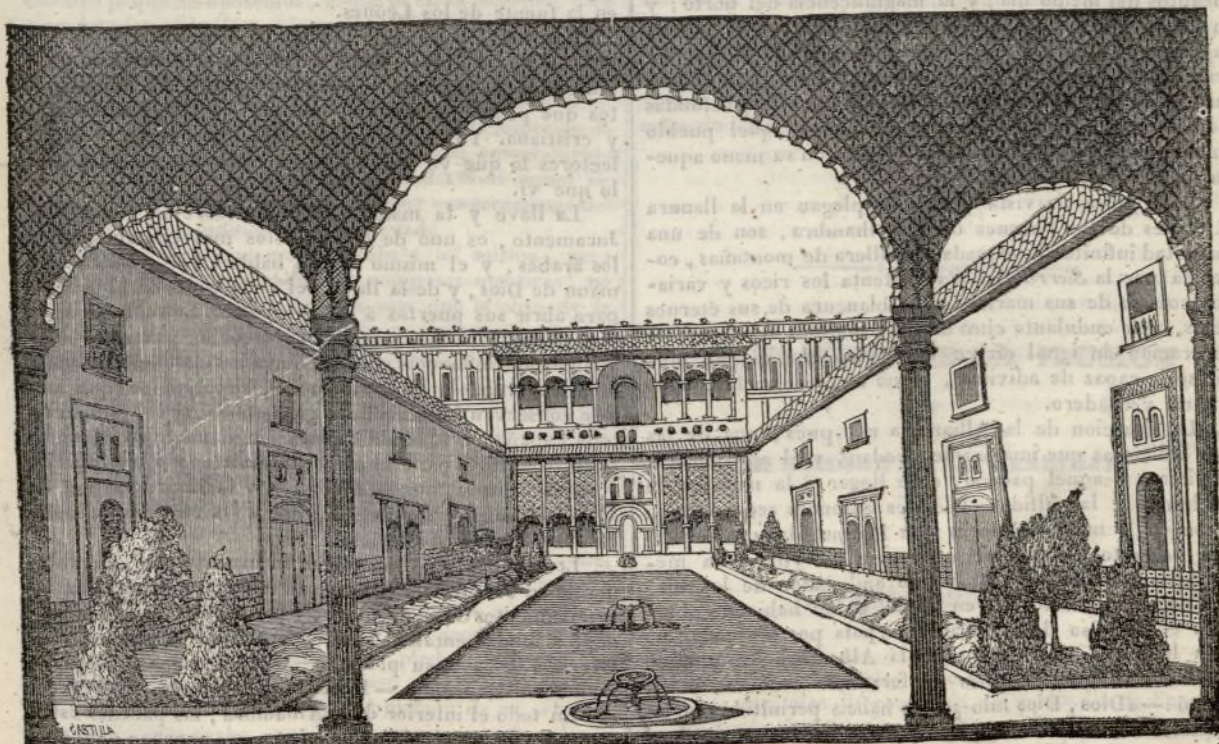


## ESPAÑA PINTORESCA.



PATIO DE LOS LEONES EN LA ALHAMBRA.



PATIO DEL ESTANQUE EN LA ALHAMBRA.



## RECUERDOS DE UN VIAJERO.

### LA ALHAMBRA Y EL GENERALIFE.

**H**oy á las 5 de la mañana montamos mi compañero de viaje y yo en dos caballos de andar dulce y reposado, para subir á la famosa *Alhambra*, situada al extremo de un hermoso paseo formado con varias revueltas. El declive de la montaña, sobre la cual está edificado este célebre palacio, es una verdadera floresta de árboles de todas especies y regiones, que transportados á este delicioso clima adquieren en él toda la lozanía y vigor de su propia naturaleza. El suelo mismo, aunque formado en parte por grandes trozos de mármoles de color, despliega en los intermedios una rara fecundidad, y ostenta un rico entapizado de verdura, interrumpido á veces por multitud de arroyuelos que serpentean en la oscuridad, y mantienen aquella verdura y frescor eternos, demostrando bien en su entendido curso la rara inteligencia de los árabes en la distribución de las aguas. Este admirable conjunto forma un cuadro de reposo y armonía encantador: es la naturaleza de las odas de Horacio y de Fray Luis de Leon, la naturaleza descrita por el Tasso y el Ariosto; y es imposible desecharlo de la memoria después de haberlo contemplado una vez.

En nada se parece este paseo á todo lo que en su género nos ofrece el resto de Europa; reúnen en él los encantos del medio día, y la magnificencia del norte; y en las mas ardorosas horas del día, sentado el viajero bajo aquella sombría espesura, enagenado con la apacible armonía de las aguas, defendido por las montañas del furor de los vientos, se entrega á las mas profundas meditaciones, y llega á echar de menos aquel pueblo amable y voluptuoso que supo formar con su mano aquella mansion de delicias.

Los puntos de vista que se despliegan en la llanura al través de los bosques de la *Alhambra*, son de una magestad infinita: la elevada cordillera de montañas, conocida por la *Sierra Nevada*, ostenta los ricos y variados colores de sus mármoles, la blancura de sus eternos yelos, y la ondulante cima de sus frondosos árboles. Esta decoración sin igual ofrece un cuadro que ningún pintor sería capaz de adivinar, y que una vez hecho, nadie creería verdadero.

La situación de la *Alhambra* es, pues, una de las mas deliciosas que imaginarse puedan, y al aproximarse el viajero á aquel palacio, cree llegar á la mansion de las huríes y las sílfidas. Fácil es entonces reconocer la razon de la memoria tierna que los musulmanes conservan por este sitio, y sin querer se me vino á la memoria la esclamacion del último embajador de los turcos cerca de Carlos III en 1772, quien habiendo obtenido el permiso de regresar á su país por Granada, no bien hubo pisado las ruinas de la *Alhambra*, rompió en abundante llanto, se puso en fervorosa oracion, y exclamó: «Dios, Dios mio ¿cómo habeis permitido que los infieles nos destierren de este paraíso?»—Los moros berberiscos, descendientes de los árabes españoles, añaden aun á la oracion del viernes algunas palabras para pedir al cielo que los permita volver á Granada.

Al llegar á la puerta del palacio de los reyes moros, yo estaba lleno de entusiasmo; creíame un árabe vuelto

del desierto, y me parecia leer los ensueños de la *Lámpara maravillosa*: seguramente sino hubiera pasado de allí, todavía conservaría mi entusiasmo; pero no tendría derecho á poder hablar de la *Alhambra*.

Esta puerta se llamó del *Juramento*, y está abierta bajo una gruesa torre cuadrada, edificada de sillares como todo el recinto de la fortaleza. La puerta del *Juramento* es un arco turco muy elevado, y acabado en punta, de la figura de un corazón vuelto; y encima de ella esculpida en piedra se vé una mano cerca de una llave; geroglífico que dicen significaba que cuando la mano cogiese la llave tomarían los enemigos la fortaleza; y si esto es así, ya se vé lo que hay que fiar en geroglíficos.

Después de atravesar la torre se llega á una plaza y se pisa ya el recinto de la *Alhambra*, pero antes de conducir al lector por este monton de ruinas, quiero traer á la memoria algunas de las ideas que me inspiraron aquellos sitios.

Los moros, así como todos los orientales, daban á todas sus construcciones un pensamiento, y no solamente las hacían para responder á sus necesidades materiales, sino tambien para ofrecer un carácter simbólico, de acuerdo con sus creencias y con su vida intelectual. Para aquel pueblo ingenioso, aunque poco letrado, las murallas venían á ser libros en que grababan los emblemas de su religion, de su historia y de sus pasiones; costumbre que heredaron de los egipcios, cuyos edificios de arquitectura parlante inspiran aun en nuestros días el mas vivo interés. La ciencia de los geroglíficos árabes es sumamente difícil, pues que su religion les impide severamente la representacion de figuras racionales é irracionales; precepto, sin embargo, que infringieron en la *Alhambra* en la fuente de los Leones.

Supuesto, pues, que la arquitectura árabe sea la expresion de una idea, falta saber si esta idea tiene bastante nobleza y grandiosidad para oponer los monumentos que produjo á los que ostentan las religiones griega y cristiana. Yo creo que no. Pero ¿qué importa á mis lectores lo que yo creo? Mas vale decirles simplemente lo que vi.

La llave y la mano esculpidas sobre la puerta del *Juramento*, es uno de los símbolos mas comunes entre los árabes, y el mismo Koran habla varias veces de la mano de Dios, y de la llave del cielo confiada al profeta para abrir sus puertas á los creyentes. El símbolo de la mano designaba tambien la Providencia, pues que se la atribuía una influencia grande contra los maleficios, abriéndola ó cerrándola de cierto modo, supersticion que aun hoy conservan los andaluces granadinos, y los gitanos de toda España, con aquella evolucion manual que significa *hacer una higa* para impedir un maleficio ó mal de ojo, y estos últimos, especialmente en la improvisacion de sus adivinanzas y sortilegios, dan á las rayas de la mano una importancia misteriosa.

Los árabes, en fin, toman la mano como el emblema de su creencia: esplican sus catorce junturas por los mandamientos de su decálogo, y parafrasean los cinco preceptos fundamentales, que consisten en lo siguiente:—Gloria á Dios y su profeta.—Orar.—Hacer limosna.—Ayunar el Ramadan.—Hacer la peregrinacion á la Meca.

En todo el interior de la *Alhambra*, las paredes están atestadas de inscripciones religiosas que prueban que aquel pueblo no olvidaba un punto su creencia; siendo en esto mucho mas consecuentes que nosotros, que destruimos los emblemas de la nuestra.

Entremos, pues, en la *Alhambra*, y para figurároslo tal cual es, suponed desde luego una ciudad en ruinas,



pero donde quedan aun algunas torres intactas, trozos de palacios, salas, patios y restos de gabinetes, que sopor- tan aun ricos embovedados esmaltados de oro y azul, y delicados tejidos de estuco; pero todo esto mucho mas reducido que lo que sueña la imaginacion del que no la ha visitado.

Cuando se pasa la puerta del Juramento, se llega al patio de los estanques, y se da vista al palacio del emperador, construido por su orden en el recinto de la Alhambra. Es un vasto edificio cuadrado todo de silleria, con cuatro fachadas, muy adornado de mármoles y columnas, cabezas de águilas y leones. En el interior hay un magnifico patio oval y una bella escalera; pero todo esto no es lo que se viene á ver á la Alhambra.

Entremos, por fin, en el primer patio del palacio árabe.—¿Quiéren, pues, mis lectores aproximarse á la verdad? Pues créanme, no hagan caso de los viajeros ni de los poetas; todos les engañarian porque todos fueron engañados; hasta los pintores miraron los objetos al través de vidrios de aumento. Redúzca, pues, el lector aquellas abultadas descripciones y cuadros: debilité y contenga el vuelo de su imaginacion; no forme idea preliminar de la Alhambra antes de visitarla, y sin duda entonces, cuando no sorprendido, se hallará por lo menos contento, recreado con lo que vea. Pero, repito que ante todas cosas es preciso que reduzca al polvo las interminables columnatas, los soberbios pórticos cincelados, los terrados sostenidos por aéreos pilares, que soñó sin duda al solo nombre de la Alhambra, y que en realidad no existen ni existieron nunca.

Todas aquellas grandes ilusiones desaparecen en presencia de la realidad. Y en su lugar solo quedan unos cuantos pequeños aposentos, groseros en su exterior, pero cuyo interior se halla cubierto de un primoroso esmalte de admirable trabajo, en el cual es imposible seguir con la vista ni con la imaginacion el movimiento del cincel.

La continua presencia de lo bello no pudo en mí borrar la desagradable impresion que me hacia experimentar la ausencia de lo grande. Yo reclamaba amargamente en mi interior contra los falsos aduladores de aquel sitio real, por haberme evitado con sus exageraciones del placer que debia infundirme la verdad.

Pero por mas que me replicaba á mí mismo, para elevarme á la altura de aquellas pomposas mentiras, no alcanzaba á ver en la Alhambra mas que la obra de la paciencia perseverante: veia todo su interior materialmente bordado, en que la piedra está reducida á delicada labor como un encaje, floreada como una rica tela, y tejida de hilos sutiles como una alfombra, y me parecia que sus constructores la edificaron ya amueblada; cubierta de ricas colgaduras y preciosos reclinatorios; pero todo esto lo hallaba solo ingenioso, de ningun modo grande. Yo creo que para acordar este título á una obra es preciso que revele un pensamiento noble, sencillo y original, y esto es lo que echaba de menos en aquel minucioso primor. La perfeccion de las formas, la sencillez del bello ideal dominaron en el arte antiguo; la idea de la divinidad domina en el arte moderno, donde los cristianos han espiritualizado la piedra, elevando gigantescas bóvedas, cuyo misterioso arco ogival obligan al alma á remontarse á la contemplacion de su criador. La arquitectura árabe, por el contrario, revela solo un capricho, lleno si se quiere de gracia y de delicadeza, pero que no dice nada de fecundo, de sublime á la imaginacion. Es la arquitectura del egoismo de los sentidos, de los goces individuales, no la arquitectura del alma, de la imaginacion, de la humanidad; buena para estudiarla como objeto de curiosidad, no como modelo.

El conjunto de los monumentos moriscos es estraordinario; mirado simplemente parece complicado y mezquino; ¿qué importa la escensiva delicadeza de un feston, de un lienzo, de un artesonado, si todos estos detalles yacen como escondidos en la pequenez de la idea general? Seria preciso que otro pueblo se hubiese encargado de construir el exterior de estos ignorados retretes, de estas prisiones elegantes; chiustros, prisiones y gabinetes, que revelan por otra parte la pasion á los placeres misteriosos, la voluptuosidad, el egoismo, y la tirania del *harem*; que esplican la vida afeminada y muelle de sus poseedores; y los dramas interiores de familia que ensangrentaron á veces aquellas doradas paredes. A la verdad que reflexionando bien sobre tanta coqueteria disfrazada bajo un aspecto austero y marcial, tanta minuciosidad en los detalles, y tal ausencia de grandiosidad en el conjunto, tanta cultura bajo la corteza de la barbarie, tanta incoherencia y contradiccion, no puede menos de hallarse natural la desaparicion de un pueblo tan voluptuoso. Las creencias y las costumbres de que es simbolo la Alhambra, no podian alimentar hombres capaces de defender aquella fortaleza, contra los mismos brazos, contra las mismas ideas que habian sabido levantar las catedrales de Burgos y Toledo.

Para terminar estas reflexiones dire que en mi opinion lo lindo pertenece á los árabes, así como lo bello á los griegos, lo grande á los romanos, y lo sublime á la cristiandad; que así como los pueblos de Grecia y Roma al elevar sus monumentos sublimes y eternos, cumplieron su idea, que era la de satisfacer las necesidades de una sociedad basada sobre el culto de lo bello, y embellecieron de paso ciudades, paises enteros; así los árabes en su profundo egoismo desdeñaban la belleza exterior, tenían en poco las necesidades del pueblo, daban á sus palacios por defuera el aspecto mas salvaje, y reunian todo su ingenio, toda su paciencia y perseverancia, ¿para qué? para esmaltar de oro y azul las alcobas y salas de baños de un hombre solo.

(Se concluirá.)

M. DE C.

## EL HOMBRE DE LA ILUSION

### EL HOMBRE DE LA REALIDAD.

I.

#### UN HOMBRE.

HALLABAME de tránsito hace pocos años en una de las primeras capitales de provincia del medio dia de España. En una tarde risueña del otoño, no sabiendo á donde dirigir mis pasos, acurriome visitar el hospital de dementes, y aquella tarde ha dejado en mi alma profundos y melancólicos recuerdos. Presentéme en el hospital, que es un hermoso edificio, y está perfectamente servido; y manifesté mis deseos de ver el departamento de los locos.

Acompañado de un sugeto muy amable, que despues



supe era el encargado de los infelices que deseaba visitar, penetré en aquel triste recinto, que bien puede llamarse el «panteón del juicio y la razón.» ¡Cuánta fué entonces la amargura de mi alma al contemplar aquellas inmundas jaulas, ocupadas por seres humanos!... Hé aquí, dije, al hombre igualado con las fieras... Y en verdad, ¿qué diferencia puede haber entre una fiera y los furiosos que ocupan esas jaulas?... Ninguna por desgracia, á no ser que por tal se tenga la ligera esperanza, casi siempre engañosa, de que recobrando el furioso un día su razón, recobre también con ella su perdida dignidad.

Allí, como en todas partes, se deja notar la aristocrática superioridad del dinero; pues algunos furiosos de familias ricas se hallaban colocados en cuartos bastante espaciosos y decentes, mientras la multitud de aquellos desdichados ocupaban un espacio de tres varas de fondo por dos de frente, donde apenas les es permitido dar tres ó cuatro pasos sin encontrar los límites de su territorio. Parece que es imposible curar un furioso mientras exista en las jaulas; porque es motivo mas que suficiente para volverle á la desesperación, el contemplar, en uno de sus lucidos intervalos, el miserable estado á que se halla reducido.

Después de haber escuchado mil injurias y groseras desvergüenzas que nos dirijían los de las jaulas al pasar por delante de ellos, fuimos á ver los locos que eran verdadero objeto de mi visita, es decir, los maniáticos y mentecatos. Cuando llegamos al corredor principal de aquel departamento, quedéme ligeramente sorprendido. Al rededor de una mesa hallábanse congregados mas de cien hombres, vestidos todos con el mismo traje. Sobre la mesa había uno que parecia superior á los demas, y peroraba en altas voces, teniendo algunos papeles en la mano. ¿Qué es eso?—pregunté á mi compañero.—Es un pobre poeta, me repuso riendo; uno de esos poetas á la moda, que ha perdido el juicio por querer corregir la sociedad. Púsose con ella en abierta pugna, y ha quedado vencido. Lo mismo sucederá necesariamente á todos los que traten de imitarle; porque la sociedad es mas fuerte que el hombre, y el mas fuerte queda siempre vencedor. Todas las tardes convoca á sus compañeros para escuchar sus discursos, y ahora está pronunciando uno de ellos. Hé aquí su tema favorito. «¿Por qué ha de ser mala la sociedad, debiendo ser buena?... ¿Por qué ha de ser necia, debiendo ser ilustrada?...»—No pude menos de sonreirme al escuchar las palabras de mi interlocutor, porque advertia alguna semejanza entre mis ideas y las del poeta demente.

Al terminar nuestra conversacion nos hallamos bastante cerca de la mesa para poder percibir las palabras del orador. Grande fué la sensación que experimenté al contemplar aquellas caras estúpidas, embebecidas con el discurso del poeta.... Algunos, que no comprendían lo que aquello significaba, se reían á carcajadas. —«¡Calle el necio!...» exclamaba aquel, furioso, y un profundo silencio reinaba de nuevo en los circunstantes. — La figura del protagonista era noble; su fisonomía, en extremo interesante, indicaba no pasar su edad de veinte y cinco años.

Concluido el discurso, separáronse un poco los que rodeaban la mesa, y el orador bajó á tierra de un salto...—Entonces empezaron á percibirse las diversas opiniones del auditorio:—«Bien!... muy bien!... decían unos: cuánto sabe!... decían otros... Tiene un gran talento, se oía por otra parte; y el poeta pasaba satisfecho, dirigiendo miradas de benevolencia á los grupos de donde salían esas sentencias.—Mas de improviso bien distintas expresiones llegaron á su oído.—«Qué barbaridad.» «Todos los

días nos dice los mismos disparates...» «Ya me sé sus discursos de memoria...»—«Y no es bastante, miserable estúpido, prorrumpió el poeta, que los tengas en la memoria: es preciso que dejes penetrar su benigno influjo hasta el fondo de tu corazón y tu cabeza...»—Callaron todos; por que á pesar del genio irascible de aquel hombre, nadie se atrevía á replicarle; respetando siempre sus decisiones. Y es que, sin embargo de su estado, reconocían en él la superioridad de la inteligencia....—

Acerquéme á aquel jóven singular con marcadas muestras de aprecio y veneración; y encomié la sublimidad de sus discursos, y la profundidad de sus pensamientos. Miróme fijamente, dióme con cariño la mano, y me dijo con entusiasmo:—«¡Sirvase V. contarme en el número de sus mas apasionados amigos.»—«¿Podré saber la causa, le pregunté, que tanto honor me ocasiona?»—«La causa es ser V. una persona inteligente; y ser yo amigo y admirador de la inteligencia.»

Seguímos así una conversacion bastante animada y regular, hasta que se me ocurrió preguntarle ¿qué hacia allí, y en qué se ocupaba?—«¡Oh! me dijo con voz conmovida; aquí he sido destinado por la providencia á cumplir una misión sublime y trabajosa....—¿Cuál es esa misión? le interumpí....—«La de civilizar á esa gente:» dijo señalando los diversos grupos de locos que por todas partes se divisaban.—«Yo le he escuchado sonar en mis oídos, continuó, una voz celestial que me decía: *marcha, marcha á predicar la verdad y la virtud por todos los ámbitos del universo: no te arredren los obstáculos; no te hagan detener en tu camino los insultos de la ignorancia;—marcha; marcha siempre con la frente erguida y el corazón impávido, que si es trabajosa la senda que te guía, al fin de tu camino encontrarás tu justa recompensa....»*

Después de haber pasado aquel raptó de entusiasmo, mostróme afablemente algunos de sus manuscritos, la mayor parte ininteligibles para mí; y habiéndole manifestado mis deseos de conservar algunas de sus producciones, me dijo sonriendo:—«Tanto ha llegado V. á interesarme, y tanto deseo complacerle, que voy á entregar á V. la obra que mas aprecio, con la sola condicion de que nunca ha de ser publicada....»—«¿Por qué causa, le repliqué, quiere V. condenar á la oscuridad esa producción, privando al mundo de su interesante lectura?...»—«Bien: contestó, puede publicarse después de mi muerte.» Y diciendo esto, me entregó un paquete cerrado.

Despedíme amistosamente del infortunado poeta; y el mismo sujeto que me introdujo, me acompañó hasta la puerta.—

Grande fué mi curiosidad por examinar aquellos papeles; y así, en cuanto llegué á mi posada, rompí la cubierta del paquete; y hallé, entre otros que no pude comprender, un cuaderno que se titulaba así:—«*Pensamientos de un poeta, que el mundo llamó loco, porque no fué tan necio como el mundo.*»

Leí con avidez aquellos artículos, donde percibí, entre las estravagancias de un loco, los mas sublimes rasgos del talento y la elevación de un poeta.—

Aun conservo en mi poder esos dolorosos pensamientos....

## II.

### UN COMERCIANTE.

Tres años mas tarde me hallaba yo en Italia, en ese hermoso país que todos han llamado con razón *el jardín de la Europa*. Paseábame un día por los alrededores



de Nápoles, contemplando todas las bellezas que el Criador se ha complacido en reunir en tan pequeño espacio.

Recordaba con placer las profundas impresiones que habia experimentado mi alma al visitar en los dias anteriores las ruinas de Pompeya y de Herculano; esas dos magnificas ciudades, sepultadas por la ira de Dios en las entrañas de la tierra, y exhumadas por la mano del hombre al cabo de diez y ocho siglos. ¿Quién podrá contemplar con indiferencia los portentosos restos de aquellas poblaciones, cubiertas aun con el polvo de la tumba?... ¿Quién no vé allí patente á cada paso el dedo de la Providencia?...

Abismado en mis meditaciones, me habia alejado bastante de la ciudad, cuando de improviso un hombre sentado sobre una piedra, llamó fijamente mi atencion, al notar que me miraba con constante interés. Acerquéme á aquel hombre que se levantó para recibirme. — «¿Me conocéis?...» me preguntó. — «No recuerdo, le dije, donde os he visto otra vez.» — «¿No os acordais de un poeta loco que hallásteis en una casa de Orates?» — «Sí, sí... sois vos; bien me acuerdo.... os felicito por vuestro establecimiento.»

Después de una ligera conversacion, cediendo á la vehemente curiosidad que me aguijaba, le dije. — «Si tuviéseis la bondad de referirme cómo se me ha proporcionado el placer de volver á veros....» — «Os lo diré en pocas palabras,» me contestó.

«Cansado de la vida que en el hospital hacia, renuncié á mis proyectos de civilizar aquella gente, y quemé mis papeles y mis libros, sumiéndome en la mas completa ociosidad. Cuando vieron que hacia la vida de un estúpido, dijeron que estaba cuerdo; que ya habia recuperado la razon; y me pusieron en la calle. — En cuanto me ví en libertad, puseme á reflexionar sobre mi vida pasada, y llegué á convencerme de que habian tenido sobrada razon para tratarme como á un loco; y abandoné completamente mi empeño de reformar la sociedad. — Lancéme, pues, al mundo, resuelto á disfrutar sin freno alguno sus estrepitosos placeres; y víme trasladado á los brillantes salones de que tanto habia huido hasta entonces.

«Hallábame una noche en un baile, y tuve la dicha de encontrar una compañera, bella como un ángel, ligera como una silfide, y afable y dulce como la Venus de los antiguos poetas. Bailé con ella toda la noche, y tantas muestras de distincion me prodigó, que llegué á concebir las mas lisonjeras esperanzas.... — A la salida supe que mi interesante compañera tenia relaciones amorosas con un jóven capitán que allí se hallaba, y que solo por vengarse de él, dándole celos, se habia mostrado tan afectuosa conmigo.

«A la mañana siguiente recibí un billete de desafio del celoso capitán. — Además de la natural aversion que me ha inspirado siempre ese bárbaro medio de satisfacer los resentimientos personales, tengo otra razon para huir siempre del duelo. Hé adquirido tal destreza en el manejo de las armas, desde los primeros años de mi juventud, que casi estoy seguro de matar á mi contrario. Contesté, pues, al capitán, dándole completa satisfaccion sobre la causa de su resentimiento, asegurándole que no tenia la mas ligera pretension de disputarle su querida. No satisfecho con aquella declaracion me insultó groseramente por la noche en un sitio demasiado público, á lo cual contesté con el desprecio que se merecia; cada vez mas furioso se atrevió á poner sobre mí el baston de que se hallaba armado, y le hice besar la tierra de una sola bofetada.... Interpusiéronse algunas personas, y ya fué inevitable el desafio.

«Al siguiente dia nos hallamos á la hora y en el lugar de la cita, acompañados de los correspondientes padrinos, y armados de espadas y pistolas.... Era un duelo á muerte; y yo temia mas por mi adversario que por mí. Elijióse la pistola como árbitro de nuestra cuestion. Nos pusieron á diez pasos. Tocó al capitán disparar primero: su mano estaba trémula; su bala pasó rozando mi brazo derecho. Yo disparé á un pajarillo que pasaba sobre nuestras cabezas, y el infeliz cayó muerto á los pies del capitán. — Los padrinos quisieron declarar el negocio concluido, pero el capitán se empeñó en que habíamos de continuar, y accedí con gran disgusto al tenaz propósito de aquel hombre. Cargáronse nuevamente las pistolas, y decidióse que disparásemos á un tiempo. Por esta vez no quise ser generoso, y me propuse romperle un brazo, ó escarmentarle de otro modo. — Disparamos á un tiempo; la bala de mi contrario me hirió levemente en el hombro: la mia le rompió la cabeza sin lastimarle el cerebro; de modo que le juzgamos muerto cuando le vimos en tierra sin sentido; pero examinado después por algunos facultativos, declararon estos no ser mortal la herida.

«A pocos dias me embarqué para Italia, huyendo las pesquisas de la justicia, y vine á esta hermosa ciudad, donde tenia un tio comerciante bastante acreditado. — Presentéme á él, y me recibió perfectamente, hace dos años que trabajo á su lado, y en el dia soy sócio de la casa, con algunos miles de duros de capital. — Aquí me he casado con una bella é interesante jóven, y para colmo de felicidad tengo un hijo muy lindo, que me divierte en los ratos de descanso.

«Héme, aquí, pues, convertido en un hombre completamente distinto del que era cuando me conocisteis: entonces era poeta, es decir, *el hombre de la ilusion*; ahora soy comerciante, es decir, *el hombre de la realidad*; y estoy muy satisfecho del cambio que en mí se ha verificado. Solo siento que otros muchos jóvenes, que se hallan en el mismo caso en que yo me ví no há mucho, no tengan ocasion de reconocer su demencia, para que puedan experimentar el mismo cambio; porque preciso es conocer que solo graves y continuos pesares puede ocasionar al hombre el separarse de la sociedad y de la vida que ella proporciona.»

Celebré con sumo gusto la completa conversion de aquel jóven, y le di los mas cumplidos parabienes por el cambio de su suerte. Entramos juntos en la ciudad; llevéme á su casa, donde tuve ocasion de conocer á su interesante familia; y yo, que tres años ántes habia compadecido tan sinceramente á aquel hombre, ahora no podia menos de envidiar su ventura.

Muchas veces se ha reído conmigo el jóven comerciante, leyendo los artículos suyos que conservo en mi poder; y repite con frecuencia; — *entonces era yo el hombre de la ilusion, ahora soy en el hombre de la realidad.* —

J. A. Z.





## BIOGRAFIA ESPAÑOLA.

## Andrés de Laguna.

ENTRE los médicos célebres que en el siglo de nuestra gloria literaria fueron lustre de la medicina española, debe contarse al doctor Andrés de Laguna. Nació este distinguido varón en la ciudad de Segovia en 1499, y fué bautizado en la parroquia de San Miguel, siendo sus padres Diego Fernandez Laguna, médico, y Doña Catalina Velazquez, ambos de noble y calificada familia. Estudió latín en su patria con los maestros Juan Oteo y Sancho de Villaveces, de cuyas aulas salió sumamente aprovechado. Despues pasó á Salamanca, donde oyó artes al doctor portugués Enriquez, y recibió el grado de Bachiller en esta facultad. Notando Diego Laguna el aventajado ingenio y capacidad de su hijo, y deseando proporcionarle ocasiones de adelantar, determinó enviarle á la Universidad de París, donde tuvo por catedrático en el griego á Pedro Danesio y Jacobo Tusaro, y en la Medicina á los mas célebres profesores que habia en aquellas escuelas, entre ellos á Juan Ruelio, y en esta Universidad tomó el grado de Maestro. El primer trabajo literario que emprendió fué la traduccion que hizo al latin del tratado que escribió Aristóteles de Phisionomia, que dedicó á Luis Guillard, Obispo de Chartres, en 1535. El año siguiente volvió á España y su patria Segovia, con grande fama de ciencia y de erudicion, por lo que procuraron su comunicacion los hombres mas doctos que admiraban en un joven tantos conocimientos científicos y literarios, y tanta pericia en las lenguas sabias y vulgares.

Movida de esta fama llamóle la Universidad de Alcalá de Henares para que enseñase en sus escuelas, y el emperador Carlos V quiso que asistiese á su esposa doña Isabel en la enfermedad de que murió en Toledo en 1539. En esta Universidad recibió el grado de doctor, y despues se restituyó á Segovia, acaso con ánimo de permanecer allí; pero el emperador, que habia formado de él el mas relevante concepto, mandó le siguiese cuando marchaba á sosegar la alteracion de Gante, y habiéndose embarcado en Vizcaya, pasó á Inglaterra y á Middelburg en Zelanda. En Gante, sin que se lo impidiese tantas alteraciones y asistencias como tenia, tradujo el libro de Galeno titulado *Historia Filosófica*.

El año siguiente de 1540 fué solicitado por la ciudad de Metz, capital de Lorena, para su médico, á donde se trasladó Laguna, y asalariado por ella se granjeó general estimacion y aprecio. No fué de poca consecuencia política el establecimiento en Metz del doctor Laguna, porque en servicio de la iglesia y del emperador consiguió, mediante su diligencia, conservar aquellos ciudadanos combatidos de guerras y heregias; por lo que no duda afirmar al principe Don Felipe, á quien dedicó despues sus comentarios á Dioscórides, que á faltar su solicitud acaso no hubieran quedado en aquella república altares ni templos.

Habiéndose presentado la peste en Metz el año de 42, haciendo grandes estragos, acudió Laguna á su curacion con grande celo y diligencia, y no menor acierto y provecho de aquella ciudad. Creció tanto su crédito, que la ciudad de Colonia solicitó tener á Laguna por algun tiempo en su seno; y no permitiéndolo Metz, que empleó para impedirlo toda clase de medios creyéndose de-

samparada sin su presencia, se avino á que Laguna marchase á Colonia, con tal que antes hiciese público y solemne juramento de volver dentro de tres meses, como hizo, y dada esta seguridad marchó á Colonia.

Hospedóse en esta ciudad en casa de su amigo el gran juriconsulto, filósofo y humanista Adolfo Eicholtz, rector de aquella Universidad, la cual hizo el mayor aprecio y estimacion de Laguna, y movida de la fama de su elocuencia suplicó al sabio español que orase en público para consuelo de las muchas calamidades que por aquel tiempo generalmente se padecian, ya con motivo de las guerras de Carlos V y Francisco I, y ya de los terremotos y pestes que con tanta frecuencia ocurrían. Publicóse el acto para la noche del 22 de enero de 1543, á cuyo fin se preparó el general de aquella Universidad, que se alumbraba con crecido número de hachas negras. Asistieron los principales señores eclesiásticos y seculares de aquellos estados, los profesores de la Universidad, y gran concurso de lo mas florido de Colonia. A las siete llenó el deseo de aquella lucida asamblea el doctor Laguna, que vestido con capuz y capirote de bayeta negra, se presentó en la cátedra para pronunciar aquella célebre oracion que con nombre griego Heautontimorumenos, á imitacion de una comedia de Terencio, tituló: « *Europa que á si misma se atormenta*, » la cual se imprimió y corrió por todos los reinos y estados de la misma.

En Colonia publicó la traduccion latina del libro de las plantas de Aristóteles; del de agricultura, escrito en griego, que algunos atribuyen á constantino Pogonato, y otros á Casio Dionisio, natural de Ulica, que fué hallado por este tiempo; tradujo Laguna al latin los ocho libros últimos de veinte que tiene, por tratarse en ellos de la cria y naturaleza de los animales.

Habiendo trabajado tanto en solos tres meses que estuvo en Colonia, se restituyó á Metz, cumpliendo con su juramento, donde fué acometido de una fiebre acompañada de tan pertinaz insomnio, que estuvo mas de quince dias sin dormir ni hallar remedio con que conciliarlo, hasta que « una vejezuela tudessa, que tenia un lindo talle de bruja, » como dice el mismo Laguna, le hinchó una almohada con hojas de beleño, remedio que luego le adormeció, y poco á poco se restableció completamente.

En 1545, estando enfermo en Nancy el duque Francisco de Lorena, le llamó para que le asistiese, con cuyo motivo se enteró Laguna de la extraña causa á que se atribuía la dolencia del duque, que en relacion por ser curiosa y dar una muestra del estilo y gracejo con que escribía Laguna, nos ha parecido insertar despues de este artículo (1).

Cinco años permaneció en Metz, y de allí determinó pasar á Bolonia, en cuya Universidad se incorporó tomando el grado de doctor en 10 de noviembre de 1545. De esta ciudad pasó á Roma, donde en 28 de diciembre fué nombrado soldado de San Pedro, Caballero de la espuela de oro, y conde Palatino. De Roma volvió á Alemania, tal vez á asistir á la familia del emperador, y no habiendo permanecido allí mucho tiempo, se restituyó á aquella ciudad con título de médico del cardenal don Francisco de Bobadilla y Mendoza, principe muy aficionado á libros doctos, y favorecedor de los hombres sabios.

Habiendo ocupado la silla de S. Pedro en 1550 Juan María del Monte, con el nombre de Julio III, le nombró su médico, teniendo noticia de su distinguido mérito, y de su fama, que se extendía por toda Italia.

Para llevar á cabo con mas perfeccion la traduccion y anotaciones de las obras de Dioscórides que habia emprendido, determinó pasar á Africa; pero D. Francisco

(1) Se insertará en otro número.



de Vargas, embajador de España en Venecia, á donde habia ido para embarcarse, y otras personas, lo disuadieron de este intento; mas ya que no fué en persona, hizo con gran empeño y costa le trajesen de aquellos países muchas sustancias particulares para compararlas con sus descripciones, y abrir 650 láminas de plantas y animales.

Muerto el Pontífice Julio III en 23 de marzo de 1555, se marchó á Amberes, donde dedicó la espresada obra al príncipe D. Felipe siendo rey de Nápoles y de Inglaterra, que despues lo fué segundo de su nombre en España.

Sentido el médico alemán Juan Cornario, de las anotaciones que el doctor Laguna habia hecho á la traducción de Casio Donisio, en cuantas obras daba á luz se complacía en zaherirle y criticarle; por lo que lo escitaron y aun obligaron personas gravísimas á que se vindicase, y así estando todavía en Colonia en 1557 le escribió una carta apologética, haciéndole ver muchos errores en todas las traducciones que habia hecho del griego al latín, por no poseer ambas lenguas con la debida perfección, y lo que es mas, demostrándole no poco en materias de su misma profesion médica.

No mucho despues salió de Flandes para España, y restituído á su patria, Segovia, la ilustraba con su doctrina y condecorada persona, cuando el año de 1557 adornó el sepulcro de su padre y familia, sito en su capilla de Ntra. Sra. en la iglesia parroquial de S. Miguel, con una laude de bronce en que puso el siguiente epitafio:

D. O. M.

DOCTRINA. ET PIETATE. CLARISSIMO. VISO  
DOM. JACOBO. FERDINANDI. A LAGUNA.  
INSIGNI. DOCTORI. MEDICO  
QUI DUM JUGITER STUDESSET  
SEGOVIENSIBUS FERRE MANUS AUXILIATRICES  
INVIDA TAMEN MORTE INTERCEPTUS  
CONCESSIT FATIS VII IDUS MAJOS  
1541.  
ANDREAS LAGUNA FILIUS  
MILES SANCTI PETRI AC MEDICUS JULII III  
PONTIFIC. MAY.  
EX ITALIA. ET GERMANIA. REDUX  
INDULGENTISSIMO. PATRI. JAM. VITA. UNCTO  
SIBIQUE. MURITURO. AC. SUI POSUIT.  
ANNO. 1557.

En esta laude se vé un escudo que presenta una nave sobre las olas, y este mote en griego, tomado del salmo 142: *spiritus tuus deducet me*; tu espíritu me encaminará; y por bajo aquél conocido distico:

*Inveni portum, spes et fortuna valete  
nilhil mihi vobiscum: ludite nunc alii:*

Descansaba Laguna en su patria despues de tantos viajes y tareas literarias, cuando el duque del Infantado le pidió le acompañase á Francia, á donde iba para recibir y acompañar á Madama Isabel de Valois, hija de Enrique II, que venia á casarse con el rey D. Felipe. No pudo Laguna negarse á la distincion que se le hacia, y acompañó á aquel prócer en su viaje. A su vuelta fué acometido de hemorroides, cuya enfermedad llegó á agravársele tanto que le quitó la vida, con sentimiento

general á principios del año 1560, y fué sepultado en el enterramiento de su familia. Sobrevivió su madre que murió de muy avanzada edad, como se deduce del epitafio que tiene en la misma capilla, y dice así:

«Aquí yace la buena memoria  
de Catalina Velazquez, mujer del  
doctor Diego Fernandez de La-  
guna, fundadora de esta capilla.  
Falleció á 28 de octubre de 1568.»

Tambien fué sepultado con sus padres y hermano el doctor Melchor Fernandez de Laguna, que habiendo sido gobernador del arzobispado de Toledo, y despues del de Plasencia, murió consultado para esta mitra en 21 de diciembre de 1581.

Fuera de las obras que hemos mencionado tradujo Laguna al castellano las cuatro oraciones de Ciceron contra Catilina; y del griego al latín dos diálogos de Luciano y la Tragopodagra; varias obras de Aristóteles, algunos libros de Galeno, y un epitome de las obras de este célebre médico.

El doctor Laguna fué hombre de muy despejado entendimiento, de carácter festivo, y porte caballeresco y cortesano. Aficionado naturalmente al estudio, aprovechó todo el tiempo que le permitian sus viajes y el ejercicio de su profesion para escribir las muchas obras originales y traducciones que dió á luz, las cuales, tanto latinas como castellanas, se recomiendan por su lenguaje castizo y estilo robusto y elegante, á veces picante y jocoso, con los cuentos y alusiones con que le ameniza, como puede verse en sus comentarios á Dioscórides.

L. M. RAMIREZ CASAS-DEZA.

## POESIA.

### LA ISLA DE CUBA.

«Dulce tierra de luz y hermosura,  
«Cuánto sueño de gloria y ventura  
«Tengo unido á tu suelo feliz!...»

J. M. HEREDIA.

EN medio de los mares de occidente  
Se alza de Cuba la encantada tierra,  
Donde la dicha de la paz se encierra,  
Donde sin treguas el placer se siente.  
Esa tierra feliz me abrió su seno,  
Cuando sin patria demandé su abrigo,  
Mientras de guerra el espantoso trueno  
A mis nativos lares asordaba:  
Yo era niño, muy niño, y no lloraba  
Al verme en suelo ageno.  
Allí los años de la infancia mia  
Con fatigosa rapidez corrieron;  
Y vi cien veces del dolor el día;  
Nunca los dias del placer lucieron.



Mas ¡ah! tambien en el feliz regazo  
De Cuba la hechicera  
Probé por vez primera  
De amor y de amistad el dulce lazo:  
Y cien recuerdos gratos, deliciosos,  
Guarda constante el corazon doliente,  
Que vienen de continuo cariñosos  
A consolar mi fatigada mente.  
¡Oh dulce Cuba! en tu fecundo suelo  
Reina por siempre del placer la calma:  
Tú guardas con amor bajo tu cielo  
Las prendas mas queridas de mi alma.  
Tú ocultas ¡ay! los venerandos restos  
De mi padre infeliz: en tí una hermana  
Querida siempre mora; y una anciana  
Que amparó mi orfandad, cual madre tierna,  
Que por mis penas llora,  
Y á quien cual tierna madre el alma adora.  
¿Cómo pudiera el corazon no amarte  
¡Oh Cuba deliciosa!  
Cuando en tu seno abrigas cariñosa  
De mis amores tan preciada parte?...  
¿Cómo no amar y bendecir tu estrella,  
Y tu dicha anhelar?... ¡Eres tan bella!...  
En tí con mano pródiga natura  
Sus dones derramó, perla de España;  
Y la brisa te presta su frescura  
Mientras el sol de los trópicos te baña.  
Tú eres la flor mas rica de occidente:  
Del cielo pruebas el amor profundo;  
Y con tu aspecto virginal, riente,  
La envidia escitas del antiguo mundo.  
¿Quién, si te vió una vez, podrá olvidarte,  
Dulce mansion de paz y de placeres?...  
¿Ni qué rejion pudiera disputarte  
La beldad singular de tus mujeres?...  
No ostentan, no, tus bellas en su rostro  
De las hijas del norte la blancura,  
Ni la rosada tez.... Su tez morena  
No empaña nunca, empero, su hermosura.  
De su talle gentil la gallardía  
Envidia causa al Támesis y al Sena,  
Que temible rival hallára apenas  
Bajo el cielo feliz de Andalucía.  
Si al escuchar mi acento una cubana,  
Consagra al trovador algun recuerdo,  
El alma mia mostrárase ufana....  
Nada del mundo en el aplauso pierdo.  
Así tu estrella, Cuba venturosa,  
Siempre del cielo bendecida sea:  
Nunca del mal la huella dolorosa  
Sobre tu frente cándida se vea.

Mas ¡ay! ¿qué acento resonó en mi oído,  
Que hiere el corazon cual duro clavo?...  
Es el eco doliente del esclavo  
A quien arranca el látigo un gemido.  
¡Infame esclavitud!... fiera carcoma  
Que roe ¡oh Cuba! tu beldad galana:  
Si hoy tu fuerza genial su fuerza doma,  
Ella en tinieblas te hundirá mañana.  
¡Oh! si pudiese con la sangre mia  
Lavar la mancha de tu faz luciente,  
No se viera ya mas un solo día  
Ese negro padron sobre tu frente.  
¡Malditos veces mil los inhumanos  
Que el mar sulcando sobre frágil quilla,  
Al Africa arrancaron con sus manos

Esa misera grey que te mancilla!...  
¿Qué te sirven sus brazos inespertos?...  
Con su fuerza ficticia te desmayas....  
Ellos estaban bien en sus desiertos,  
Y tú mejor sin verlos en tus playas.  
¡Quiera el Señor contrarrestar piadoso  
Del Leopardo de Albion la oculta saña;  
Y borrar lentamente cariñoso  
La sucia mancha que tu gloria empaña!..  
¡Quiera el Señor que tu virgínea frente  
Pueda ostentarse rutilante y pura;  
Disipando el temor que mi alma siente,  
Afirmando tu paz y tu ventura!...  
¡Feliz entonces yo si ver consigo  
La dulce luz de tu brillante cielo,  
Y templar de mi vida el desconsuelo,  
De tus sombríos bosques al abrigo!..  
Feliz tambien si logro en tus entrañas,  
De mi suerte fatal venciendo el ceño,  
Esconder con mi cuerpo mis pesares,  
Mientras el blando son de tus palmares  
La paz arrulle de mi eterno sueño.  
Mas en tanto que lejos de tus playas  
Triste, sin norte, y sin consuelo vago,  
Solo te pido que á mi canto atiendas,  
Porque me guardes con afable halago,  
Por largos dias de mi amor las prendas....  
¡Así tu estrella, Cuba venturosa,  
Siempre del cielo bendecida sea;  
Y del pesar la huella dolorosa  
Nunca en tu frente cándida se vea!..

J. A. ZÁRRAGA.

## A LA PAZ DEL ALMA.

**E**STA, del corazon dura tormenta,  
dos años ha para mi mal nacida  
que ha amargado la copa de mi vida,  
y mezclada con hiel me la presenta;

Ruégote ¡oh diosa! que á mi voz atenta,  
si es que en tu pecho la piedad anida,  
serenes, y en quietud apetecida  
goce reposo el ánima contenta.

Aplaca ¡ó blanda paz! el fuego intenso  
que me devora; alivia los pesares,  
causa fatal de mi dolor inmenso,

Y yo te elevaré sacros altares,  
y quemaré en tu nombre rico incienso,  
y diré tu poder en mis cantares.

H. V.

Se suscribe al Semanario en las librerías de *Jordan* calle de Carretas, de *Cuesta* y de *Paz*, calle Mayor. Precio 4 rs. al mes, 20 por seis meses, y 36 por un año. En las provincias en las principales librerías y administraciones de correos, con el aumento de porte.

Signe abierta la suscripción á los seis tomos anteriores á razon de 30 reales cada uno, y 36 en las provincias. También hay alguna coleccion completa de dichos seis tomos á 180 rs.

El día 20 de setiembre se ha repartido á los Sres. suscritores al Semanario por tomos, el de 1839.